

Don Emilio, que no habia advertido la sorpresa operada en su amigo D. Manuel y en Duval al encontrarse, presentó al primero á su querida expósita, mientras el segundo, habiendo marchado al encuentro del doctor, trataba en voz baja de algún asunto que, como todos los que salian de ellos, no podian llevar mas que el mal y la desolacion.

Núñez al menos lo creyó así al verlos juntos, y ya que no le era posible revelar el secreto de Duval, porque temia la muerte de Ricardo, se propuso al menos vigilar, para defender á Clotilde y á su antiguo principal de cualquier golpe dispuesto por Willey y Duval.

CAPITULO XXIV.

Concluyen los sucesos del Molino de Flores.

—¿Es ese el hombre á quien destinabas la mano de tu protegida?

Preguntó D. Manuel no bien vió alejarse á Duval.

—El mismo.

—El cielo me ha traído para salvarla.

—¿Cómo!

Inés y Clotilde se miraron asombradas.

—¿Sabes tú quién es?

—Ignoro su nacimiento; pero es un amigo á quien debo singulares favores. ¿Pero le conoces tú acaso?

—¿Yo?

—Sí; ¿quién es?

—Es....

Núñez, que temblaba por la vida de Ricardo, se acercó por detras á su antiguo principal, y le dijo en voz baja:

—No descubra vd. nada, porque corre peligro la existencia de un hombre.

A estas palabras D. Manuel se detuvo.

Don Emilio, que esperaba impaciente la contestacion, preguntó al ver que titubeaba.

—¿Quién es? acaba.

El anciano, buscando una causa justa que supliese á la que iba á exponer, contestó:

—Es el fomentador del vicio al juego: el origen de la corrupeion de mil jóvenes honrados como mi desgraciado hijo, y la causa de las lágrimas y miseria de mil familias arruinadas.

—Pero él, en lo particular, es un hombre inofensivo, de conducta irreprochable.

—Sin embargo....

Don Manuel iba á continuar, pero se detuvo á una seña que le hizo Núñez.

—Vamos, veo que la muerte de tu hijo,

te hace hablar, con justa causa, de esa manera.

—¡Oh! sí:—exclamó el anciano con profundo dolor.—El hombre que tiene un establecimiento público del vicio, escuela de la deshonor, del fraude, de la desesperacion y del escándalo, no es digno de la mano de un ángel.

Clotilde le envió una mirada de gratitud.

—Bien: ya trataremos de ese asunto en otro sitio, y mas despacio. Por ahora te suplico que nos acompañes á almorzar, lo mismo que le ruego á vd., señor Núñez, para que despues continuemos viendo lo que aun nos falta por recorrer.

Clotilde quedó gratamente sorprendida de ver la atenta manera con que D. Emilio invitaba á que almorzasen con ellos, y dirigió una mirada interrogatoria á su protectora Inés, la cual, por toda respuesta, le apretó la mano, manifestando en su rostro la mas intensa alegría.

No le sorprendió menos á Núñez aquel convite, puesto que ignoraba el diálogo que

habian tenido antes de su llegada su antiguo principal y el señor Landeta.

—Admito con gusto el obsequio:—dijo D. Manuel;—porque así podré disfrutar de la compañía de un excelente amigo, de la de estas apreciables señoritas, y de la de mi querido Nuñez.

—Pues esperaremos al doctor y al señor Duval, que aquí llegan ya, para dirijirnos á la glorieta principal, donde nos esperan los criados con el almuerzo.

Nuñez, que veía acercarse á Duval y que temia cualquier palabra de D. Manuel que comprometiese la vida del preso Ricardo, se acercó á su antiguo principal, y le dijo en voz baja:

—Le suplico á vd. que nada diga por ahora de ese hombre.

—Pero ¿no es cierto—contestó tambien en voz baja D. Manuel—que es el que cobró las libranzas?

—Sí.

—No me habia engañado.

—Pero conviene guardar silencio.

—¿Por qué?

—Porque corre peligro la vida un hombre honrado, que gime preso en su poder.

—Pero....

—Silencio, que aquí llega: despues hablaremos, y le explicaré á vd. este asunto.

Y Nuñez, antes de que llegasen Duval y Willey, se separó de D. Manuel, y se acercó á Inés y Clotilde, que le recibieron con la mas pura alegría.

—¿Y Leopoldo?

Le preguntó Inés conociendo que Clotilde estaba impaciente por saber de él.

—Salió esta mañana para México, por que le esperaba afligida su anciana madre.

Clotilde vió desaparecer la esperanza que poco antes habia acariciado, de que podria hallarse en aquel sitio, y quedó triste.

—¿Y vd. se ha quedado por algun asunto importante?

—Sí; tengo que desempeñar un asunto que me confió al marchar.

—¿El?

Se atrevió á preguntar Clotilde.

—Sí, señorita; y al mismo tiempo me encargó que saludase á vdes. de su parte.

—Le agradecemos infinito la atencion.

Nuñez iba á contestar; pero la presencia de Willey y Duval, que entraban en aquel momento, le hizo guardar silencio.

—Señores:—exclamó D. Emilio:—puesto que ya estamos todos, marchemos al sitio en que nos espera el almuerzo, y despues recorrerémos lo que nos falta de esta deliciosa mansion.

Duval fijó la vista en el semblante de D. Emilio para ver si notaba algun cámbio desfavorable en él, y su ojo perspicaz y observador le hizo conocer que nada sabia.

Tranquilo con esto, y tratando de disimular á los ojos de D. Manuel el disgusto que le causaba su presencia, exclamó con aire jovial:

—Sí, sí: me adhiero al pensamiento del señor Landeta; marchemos á almorzar, que tiempo tenemos despues para gozar de las vistas de este poético sitio.

Y luego, acercándose á Nuñez, le dijo en voz baja:

—Veo que ha sido vd. prudente; pero no

olvide vd. que si ese hombre me ha llegado á conocer y me descubre, Ricardo, el amante de Inés y padre de Clotilde, morirá.

Y se volvió al lado de D. Emilio, manifestando el mismo humor alegre y placentero.

—No nos detengamos, pues—dijo Landeta.—Tú, amigo Manuel, dá el brazo á mi querida hija, y vd., señor Nuñez, á Inés, ya que hemos tenido el gusto de encontrar á vdes. en este sitio.

Y todos, en grata y animada conversacion, se dirijieron á la gran glorieta á donde llegaron á los pocos instantes.

En tanto que los criados servian el almuerzo y que todos se entregaban á la alegría que inspira una comida en el campo, un hombre, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada sobre el pecho, con la mirada fija en el suelo, caminando despacio y en actitud meditabunda, bajaba de la colina en que se encuentra la capilla, y se detuvo debajo de un árbol que se elevaba á orillas de un profundo precipicio.

Al llegar allí, se quitó el sombrero de anchas alas que llevaba, y se enjugó el sudor.

La distancia y los arbustos que crecían en aquel sitio, impedían que las personas que ocupaban la glorieta, fijasen la atención en aquel solitario personaje.

Era un hombre como de cuarenta años, de buena estatura y sueltos músculos, pero en cuya fisonomía los pesares y los trabajos habían dejado una huella que aumentaba diez años más su edad.

En su rostro, blanco y de agradables facciones, pero macilento y enjuto, y adornado de espesa, aunque desaliñada barba, se notaba un tinte sombrío, que infundía compasión y terror: en sus ojos se descubría una mirada inquieta y vaga, que indicaba intranquilidad y abatimiento: en su mano izquierda tenía, con negligencia, el sombrero que se había quitado, mientras con la derecha levantaba á cada instante el largo cabello, que lo echaba detrás de las orejas, dejando despejada la frente para que las brisas que venían besando las linfas del torrente, la refrescasen al pasar.

Después de permanecer largo rato en aquella actitud meditabunda, se aproximó al borde de las peñas, y fijó su vista en el fondo del precipicio, inclinó el cuerpo hacia él, y se sonrió satánicamente.

Parecía que la idea del suicidio le dominaba.

De repente su rostro se demudó, rechinó los dientes, sus ojos se inyectaron, arrojó el sombrero lejos de sí, volvió á medir con la vista la profundidad, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, echó hacia atrás los brazos para dar impulso al cuerpo, dió el terrible paso....

—¡Teneos!

Gritó á este tiempo una voz detrás de él.

Aquel grito fué un golpe eléctrico que detuvo la ejecución de su criminal pensamiento.

Asustado y sorprendido volvió la cabeza hacia donde aquel salía, y al descubrir á un hombre que se dirigía á donde estaba, echó á correr precipitadamente, y desapareció, seguido siempre del que impidió su suicidio.

La comida, entre tanto, había concluido,

y D. Manuel, dando el brazo á Clotilde y D. Emilio á Inés, porque Nuñez se habia propuesto copiar sobre el papel las vistas mas interesantes, recorrian, acompañados de Duval y Willey, los sitios que aun no habian visitado.

La naturaleza, mas agradecida que el hombre, se afanaba en ostentar los hechizos con que la ha engalanado el Eterno, siguiendo contenta el curso uniforme que el dedo de su Criador le ha trazado, mientras el segundo, rebelde muchas veces á los decretos del Altísimo, se subleba contra su propia existencia, y corta los dias de ella, despreciando el tesoro que le ha sido confiado!

Así habia sucedido en aquel instante. En tanto que el hombre que vimos junto al árbol y en actitud reflexiva meditando fria y criminalmente en poner término á su vida, todos los objetos de aquel delicioso recinto parecian elevar un himno de gracias al Ser Supremo que se habia dignado darles la existencia.

El sol empezaba á caminar hácia el oca-

so, enviando sus tibios rayos sobre las aguas del torrente que se tiñeron de púrpura y de grana.

Nuñez se detuvo sobre lo mas elevado de las colimas á contemplar el sorprendente espectáculo que presenta á los ojos del observador la ausencia de ese globo de luz tan bello y radiante en el limpio cielo de las regiones anficacias.

Embebecido por el grandioso espectáculo que se describía á su vista cautivando sus sentidos, no vió cuando se alejaron las personas en cuya compañía pasó las horas mas preciosas de aquel dia.

Poeta, pintor y entusiasta por las antigüedades de su patria, parecióle estar respirando el perfumado ambiente que en aquel mismo sitio aspiraran en época remota los poderosos reyes de Texcoco.

Sentia el blando céfiro batir sus delicadas alas impregnadas de aromas, discurriendo blandamente por los ámbitos de aquel oasis delicioso, repitiendo en eco blando las sentidas trovas que el príncipe Nezahualcoyotl

entonó bajo las sonantes ramas de los copudos árboles, cuyas verdes hojas, bañadas por los moribundos rayos del sol, remedaban brillantes grupos de preciosas esmeraldas.

A aumentar su poética ilusion contribuían los alegres y lípidos arroyos que discurrían por el pintoresco descenso, salpicando en su parlero curso con sus transparentes gotas, las rosas y las plantas que escuchaban dulcemente su seductora armonía; el canto de las aves de brillante plumaje que, agitando sus pintadas alas se despedían saltando de rama en rama del astro principal; las flores de esmaltado brillo y delicadas hojas que, acariciadas por una brisa ténue y leda oscilaban sobre el flexible tallo, remedando en vistosos grupos de fragantes exhalaciones, un rico tapiz guarnecido de carbunclos y de rubíes, y el espumoso torrente que, precipitándose por entre las rocas, parecía una serpiente de esmaltada piel, que iba á esconderse entre la espesura de los arbustos y de los árboles.

Las últimas luces del crepúsculo ilumi-

naban aquella sublime perspectiva que contemplaba absorto Nuñez.

Era la vez primera que visitaba aquel sitio tan rico en recuerdos y en belleza.

La perspectiva que se extendía ante sus asombrados ojos, era un cuadro inimitable de sorprendente mérito hasta en sus mas ligeros detalles, donde las escenas y los objetos se multiplicaban en armónica variedad, como los cambiantes de luz sobre la superficie de las aguas.

Nada mas seductor para la imaginacion fecunda en elevadas ideas como la de Nuñez, que aquel sublime espectáculo que brotó de la mente de Dios, como un ligero átomo de su inmenso poder en la plenitud de su benevolencia.

Bajo sus plantas se desarrollaba una alfombra de fragantes flores que, mecidas por las auras, parecían pintadas avecillas que, agitando sus alas, descendían á mojar sus matizadas plumas en las ondas que murmurando se deslizaban por la profunda sima: á su frente altísimas montañas, gigantes cen-

tinelas, cuyos elevados árboles, remedando los flotantes penachos de espléndidos guerreros, iban á esconderse en las nacaradas y oscilantes nubes: á la izquierda bellísimas cascadas precipitándose espumosas en un lecho de esmeralda entre cortantes peñascos para dar vida á las plantas, como la abundante fuente brotada en la peña por la vara de Moisés, para saciar á los sedientos israelitas: á la derecha, y paseando la vista fuera del recinto, llanuras inmensas, remedando en sus vistosos sembrados, los pintados cuadros de un tablero de Damas, extendiéndose por el horizonte hasta mezclar sus colores con los suaves y brillantes de sus indeterminados límites; y por do quiera presas, remansos cobijados por enormes peñascos en forma de bóveda, extensos valles y multiplicadas colinas que presentaban á la vista las pintorescas playas de un océano de verdura.

¡Oh! querer describir la mezcla de sensaciones tiernas y profundas que el alma experimenta ante ese escondido eden, que compendia las bellezas del paraíso, es pro-

fanar el sentimiento, parodiar la sublimidad del espectáculo.

Núñez, semejante al primer hombre, se encontraba solo en medio de los bellísimos objetos, extasiado de asombro y de placer.

El hombre que quiso suicidarse, volvió á aparecer mirando hacía todas partes, como burlando la vigilancia del que había impedido que cometiese el crimen.

Inés, Clotilde y los que con ellas iban, entretenidos en la conversacion no habían notado la ausencia de Núñez.

Solo Duval advirtió su falta.

Le había visto quedarse extasiado contemplando el espléndido paisaje y absorto en su belleza.

—Aun debe permanecer allí—pensó para sí:—nadie se acuerda en este instante de él; la opaca luz del espirante crepúsculo envuelve los objetos y puede favorecerme: sabe mi secreto; que el hombre de la barba larga que falsificó las libranzas y yo, no formamos mas que un solo individuo: secreto que ni el mismo doctor conoce, porque confiárselo hubiera equivalido á repartir con él mi

fortuna anterior á nuestra sociedad: ese joven, ademas, puede comunicar á su antiguo principal, porque no me cabe ya duda de que ese anciano es D. Manuel, la verdad del asunto; y lo que ahora, si es que mis facciones le han llamado la atencion, no es mas que una duda vaga que en nada puede perjudicarme, entonces seria una prueba que me conduciria al cadalso: no, su muerte es la única cosa que me asegura del secreto; es preciso, pues, que muera.

Y al tomar esta resolucion, su semblante se animó súbitamente con expresion satánica; en sus lábios vagó una sonrisa de siniestro placer, se acercó misteriosamente á Willey, y llevándole á un lado, le dijo en voz baja algunas palabras que operaron un cambio repentino y de satisfaccion en el rostro del doctor.

—Desde que me hirió y me desarmó como á vd.—contestó Willey así que acabó de hablar Duval—no anhele mas que vengarme de él.

—Pues la ocasion no puede ser mas oportuna.

—Y estoy resuelto á no desperdiciarla.

—Todos sospecharán que él se ha arrojado, ó que se ha caído.

—Sí, es cierto: á la fortuna la pintan en va; y puesto que ahora se nos presenta favorable, no la dejemos escapar.

—Pero al momento.

—Parto sin detenerme á ejecutar el pensamiento.

—¡Venganza!—Dijo Duval.

—¡Venganza!—Repitió el doctor.—Hoy la muerte de él, y mañana la deshonor de su amada Adela.

Y cautelosa y disimuladamente fué quedándose poco á poco atras, hasta que notando que nadie fijaba la atencion en él, se deslizó por entre los árboles, y protegido por la sombra que proyectaban, se dirigió rápidamente, y sin hacer el menor ruido, hácia donde creia encontrar á Nuñez.

El pensamiento era acercarse á él sigilosamente y arrojarle al precipicio, donde el golpe y el agua acabasen con su vida.

—¡Allí está!

Dijo Willey interiormente, y halagado

por la idea de la venganza al descubrir el bulto de un hombre, colocado al borde de la profunda sima.

Las sombras de la noche envolvían fantásticamente sus contornos.

Esto favorecía el criminal proyecto del doctor.

Podía aproximarse sin ser visto.

Para conseguirlo, se agachó cuanto le fué posible, y caminó casi arrastrándose por el suelo, cubierto por los arbustos y los rosales, hasta colocarse á diez pasos de su víctima.

Allí permaneció quieto algunos instantes.

De repente, y cuando el otro, puesto de espaldas hacía él, estaba muy lejos de sospechar que tan cerca se encontraba un asesino, salió del sitio en que se había detenido, avanzó sobre las puntas de los piés, ahogando el ligero ruido de sus pasos el producido por las aguas del torrente, y ya cerca, se arrojó sobre él como un relámpago, le empujó con horrible fuerza por la espalda, y el desgraciado cayó arrojando un

¡ay! de muerte, que fué á espirar entre el ruido de las ondas.

Willey, con la sonrisa del condenado que encuentra placer en el crimen y la venganza, marchó á reunirse con la comitiva á quien alcanzó antes de que saliese de los jardines, por lo despacio que sus débiles fuerzas le permitían andar á Clotilde, y se acercó á su cómplice sin que nadie hubiese advertido su corta ausencia.

Duval, al verle, se acercó á él y le preguntó en secreto.

—¿Le encontró vd?

—Sí.

—¿Ha muerto?

—Ha muerto.

En el semblante de Duval se retrató el placer infernal de la venganza satisfecha.

Clotilde, apoyada en el brazo del antiguo principal de Nuñez, hablando de Leopoldo, y alentada por el anciano en sus esperanzas, llegó al patio del molino, donde les esperaban los carruajes y los caballos.

—¿Y Nuñez?

Preguntó Inés al ir á montar en el coche y notar su falta.

—Se quedó atras entretenido en contemplar el espectáculo de la naturaleza.

Contestó D. Emilio.

—Pues le esperaremos.

Dijo la hermana de Landeta suspendiendo el subir al coche.

Duval y Wiley hicieron alto.

D. Manuel se acercó á la entrada del sitio de recreo que acababan de dejar.

Todos le siguieron.

El sol se habia ocultado completamente, y la sombra de los árboles, envolviendo en tinieblas aquel sitio, impedía ver los objetos á distancia larga.

La vista de cuantos allí habia se dirigió á distintos puntos para descubrir á Nuñez, pero solo alcanzaron á ver soledad y lobreguez.

D. Manuel se colocó entonces al lado de la presa, en una parte elevada, y llamó en alta voz á Nuñez.

El eco del torrente respondió aquella voz.

Atraídos por aquel imponente ruido, to-

dos fijaron los ojos en el agua que bajaba con fuerza espantosa, y un grito de espanto y de terror se escapó á un tiempo de los labios de todos, á la vista de un objeto que flotaba en las ondas.

¡Era el cadáver de un hombre que desapareció á poco llevado por la corriente!...

—¡Nuñez!—Exclamaron á la vez cuantos allí estaban, y corrieron en direccion al torrente para ver si lograban salvarle.

Un criado del molino que acudió á los gritos, y que era excelente nadador, se arrojó al torrente, marchó nadando en la misma direccion del cuerpo que arrastraban las ondas, vió un bulto oscuro flotando aún sobre ellas.

Dió la última brazada que le faltaba para alcanzarle.

La esperanza brilló entonces en todos los semblantes, escepto en el de Duval y Wiley.

El que nadaba tendió la mano para agarrarle del cabello.

Pero un gran tronco de árbol que llevaba la corriente, se interpuso entre ambos.

El tronco pasó en seguida, con terrible ímpetu, por encima de la víctima.

El intrépido nadador salvó entonces la distancia para impedir que el cuerpo del desgraciado se sumerjiese.

Pero la presion del gran trozo de árbol hizo que el cuerpo se hundiese por un momento.

El hombre que trataba de salvarle, esperó á que saliese á flor de agua para apoderarse de él.

El cuerpo, en efecto, volvió á aparecer; pero cuando el valiente nadador alargó la mano para asirlo, volvió á hundirse para siempre en el fondo del torrente.

Un grito de terror salió de los labios de Inés y de Clotilde así como de los de Landeta y D. Manuel, al ver sepultarse en el fondo de las aguas al desgraciado sér que un momento antes se esperó salvar.

Solo Duval y Willey sintieron en su corazon el placer de los réprobos.

La recta mano de la justicia eterna apuntó un nuevo crimen en el libro de la humanidad, y el mundo contaba entre sus inocentes víctimas un cadáver mas!

FIN DEL TOMO CUARTO.

INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL CUARTO TOMO.

CAP. I.—Nuevos proyectos.....	3
CAP. II.—Las delaraciones.....	13
CAP. III.—El dependiente y el prinipal.	34
CAP. IV.—La acetate viviente.....	64
CAP. V.—Marchar de acuerdo.....	86
CAP. VI.—El Santuario de Guadalupe.	95
CAP. VII.—Sigue el Santuario de Guadalupe	116
CAP. VIII.—Proposiciones.....	138
CAP. IX.—Un aviso.....	150
CAP. X.—En la prision.....	163
CAP. XI.—El carcelero.....	180
CAP. XII.—Otra vez el Santuario....	208
CAP. XIII.—Constancia en el mal. ...	233
CAP. XIV.—La carta.....	239
CAP. XV.—Por ser constante.....	288
CAP. XVI.—Dos génios del mal.....	319
CAP. XVII.—El viaje.	333
CAP. XVIII.—La laguna de Texcoco.	356

CAP. XIX.— <i>Toros de aficionados....</i>	382
CAP. XX.— <i>Una esperanza desvanecida</i>	431
CAP. XXI.— <i>Antes de partir.....</i>	448
CAP. XXII.— <i>El Molino de Flores...</i>	465
CAP. XXIII.— <i>Continúa el Molino de Flores.....</i>	599
CAP. XXIV.— <i>Concluyen los sucesos del Molino de Flores.....</i>	513

